Todo empezó con la aparición de este Manuscrito

Entrando ya en la plenitud de mi vida espiritual, quiero dejar constancia de los trágicos e increíbles sucesos acontecidos durante mi corta visita a la villa de Monzón, en sus últimos días de esplendor templario, así como prevenir al lector de este manuscrito de que entre sus páginas no encontrará gracia ni dicha alguna, pues la compañía de Nuestro Señor nos abandonó el día que cruzamos las puertas de Montearagón. Alzo mis plegarias al cielo pues, para que nadie siga nuestros pasos y desate por error los mil infiernos que nos tocó sofocar con rezos y plegarias. Y que si algún alma descarriada se topase con alguno de los objetos aparecidos en estos textos, los regrese de inmediato a la abadía de Montearagón, donde serán purgados por la mano del buen abad.

Que la luz misericordiosa de Nuestra Señora me dé fuerzas para dar buena y sincera fe de todos estos sucesos que marcaron mi vida a fuego bajo las calles de una villa fortificada, de la cual considero oportuno prevenir a futuros barones que buscando la gloria entre sus muros pueden encontrar la cara del maligno y sus siervos ocultos entre sus frailes. Que Dios guíe mi mano y me libre de la vanidosa tentación de manipular con mi pluma esta oscura página de la historia de la Corona de Aragón, a la cual rindo mi más sincera lealtad a pesar de todas las injurias y calumnias que puedan manifestarse en estos textos de los que doy fe con el honor de mi alma libre de pecado por la gracia de Dios.

Fray Berto de Osca a tres de septiembre del año de Nuestro Señor MCCCXXXIII

Scriptor Aragón

ERAS EDITORES

Monzón anno Domini 1300

En el año de gracia de Nuestro Señor de mil trescientos siete, dos monjes fueron quemados en la pila del altar mayor alzada en el exterior de la iglesia de Santa María acusados por el alto inquisidor general de Aragón y Cataluña Juan Llotger, de robo y conspiración contra la orden del Temple. Sus desesperados gritos de inocencia no impidieron que sus huesos terminaran siendo pasto de las llamas, pero cuentan las malas lenguas que estos rufianes anónimos no mentían, pues suplantaron a dos prófugos inculpados cuyo rastro se pierde entre las traicioneras brumas de la historia.

Evangelios apócrifos

En el Evangelio de Nicodemo se hace la siguiente narración de la llegada del buen ladrón al Paraíso:

- ¿Quién eres?, pues tu aspecto es el de un ladrón.

- ¿De dónde vienes, que llevas el signo de la cruz sobre tus espaldas?

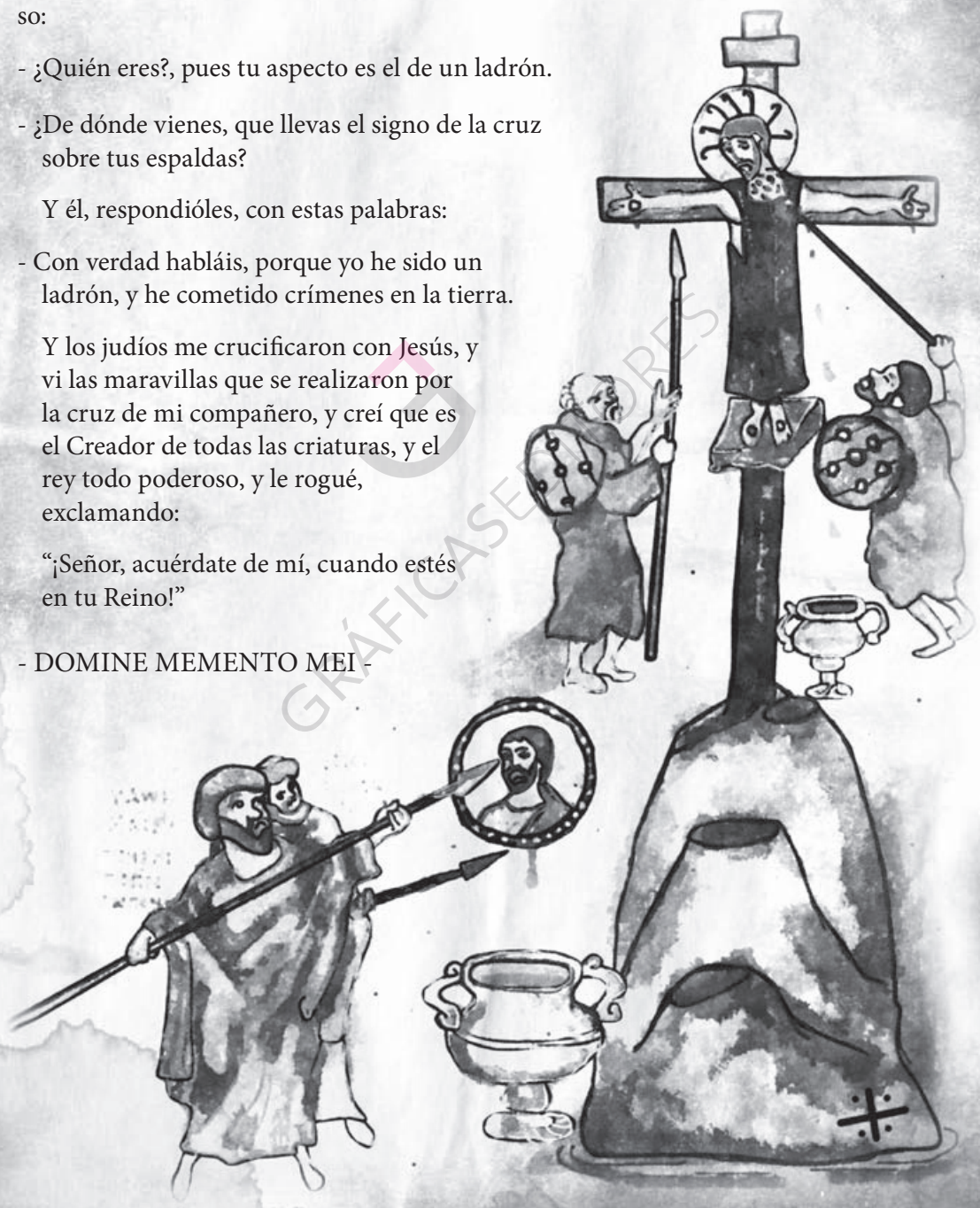
Y él, respondióles, con estas palabras:

- Con verdad habláis, porque yo he sido un ladrón, y he cometido crímenes en la tierra.

Y los judíos me crucificaron con Jesús, y vi las maravillas que se realizaron por la cruz de mi compañero, y creí que es el Creador de todas las criaturas, y el rey todo poderoso, y le rogué, exclamando:

"¡Señor, acuérdate de mí, cuando estés en tu Reino!"

- DOMINE MEMENTO MEI -



GRÁFICAS EDITORES

GRÁFICAS EDITORES

Manuscritos

Primera beatitud: tener contento espiritual

❖

Segunda beatitud: vivir sin malicia

❖

Tercera beatitud: llorar los pecados

❖

Cuarta beatitud: humillarse al ser ultrajados

❖

Quinta beatitud: amar la justicia

❖

Sexta beatitud: ser misericordiosos

❖

Séptima beatitud: ser sinceros de corazón

❖

GRÁFICAS EDITORES

GRÁFICAS EDITORES

Primera beatitud:

Tener contento espiritual

❖

GRÁFICOS EDITORES

Jerusalén año de Nuestro Señor de gracia de mil doscientos noventa.
Octava Cruzada. Tres meses antes de la caída de la ciudad de Acre.

El sol se ocultaba tras las murallas de la ciudad cristiana de Acre en el reino de Jerusalén. Como todas las semanas, y siguiendo un estricto orden de lista por nuestros apellidos nobiliarios cumplíamos la voluntad del comendador de nuestra sagrada orden del Santo Hospital de San Juan, de patrullar los caminos fuera de la seguridad de los extramuros para comprobar el estado de los albergues construidos por nuestros hermanos para el refugio y cuidado de los peregrinos. A pocos pasos de la salida de los jardines del patriarca nada era lo mismo, los niños ya no jugaban en la calle con su algarabía jocosa y desafiante resonando gallarda entre los secos golpes de los herrajes que de los cascos de mi caballo acompasaban al unísono aquel estridente concierto, sus madres los agarraban arrastrándolos al interior de las casas en silencio, y la sombra de la muerte permanecía oculta al acecho tras la melodía de un fantasmagórico laúd reptando por las jaimas que se perdían entre los polvorientos toldos de las tiendas del mercado.

La moral de los soldados estaba muy baja; al paso de la puerta de David situada frente a nuestro hospital y la iglesia del Santo Sepulcro, los guardias recordaban entre susurros acompañados por mudas miradas la fatídica batalla en el desfiladero de los cuernos de Hattin al oeste de Galilea, en mil ciento ochenta y siete, contra las tropas de Saladino, y una desbandada de cuervos presagiaba el mal agüero de ver una vez más cómo la hermosa Jerusalén quedaba en manos del Islam. La caída al norte del condado de Trípoli fue un duro golpe para el ejército cristiano pero la llegada de los nuevos cruzados franceses reclutados en Italia había resultado ser un mal mayor; pues no hacían distinción alguna entre mamelucos, sarracenos, cristianos o judíos, degollando a todo aquel que portase una barba poblada, caminase cabizbajo o vistiera con aspecto sospechoso, sembrando a su paso una estela de miedo y temor en el corazón de las desdichadas gentes. La octava cruzada estaba maldita desde el primer día en que el rey Luis IX de Francia desembarcó con sus soldados en el puerto de Acre que en ese fatídico momento se estaba recuperando de una terrible epidemia propagada por los barcos de esclavos consentidos por la codicia de este mismo rey que vaciaban sus bodegas cargadas de ratas propagadoras de la peste en la seguridad de nuestros puertos, contagiándonos junto con los cruzados de una plaga de disentería que terminó cobrándose la vida de cientos de valientes hombres a los cuales se sumaría el miserable rey. Una terrible purga bíblica que nos había castigado con este y otros muchos calvarios de los cuales nunca tendríamos la oportunidad de

GRAFICASEDITORES

recuperarnos. El clamor del pueblo crecía en nuestra contra a la vez que se sucedían incontables actos de vergüenza, ¿sería acaso este el fin de las cruzadas cristianas en Tierra Santa? Con aplomo pasaron los días alquitranados por la brea que reposa paciente en el poso del lodazal hasta que de nuevo, tras unos meses atendiendo a los enfermos del hospital del barrio armenio, llegó el momento de retomar las patrullas en el exterior.

— ¡Jasir!, prepara dos caballos bien abrevados para la guardia –le dije a mi escudero que peinaba cabizbajo en silencio las crines de mi fiel montura.

— Lo siento, hermano Tomás, pero solo tenemos uno, los caballeros del templo reclamaron el resto, las órdenes del rey Balduino fueron tajantes. Tenemos que abastecerles de cuanto necesiten mientras pisemos Acre –contestó mi escudero al tiempo de cargar la silla a lomos de mi caballo, asegurando con firmeza las cinchas a la panza del animal.

— ¡Son unos locos! sus continuas cargas en el campo de batalla están dejando nuestros establos vacíos y perdemos mucho dinero pagando de nuestras arcas los servicios al gremio de los herreros –grité enervado sin poder ocultar mi descontento-. Pero no te preocupes Jasir, no dejes que pese sobre tus hombros la culpa. A mi regreso, solicitaré parlamento con el comendador de nuestra hermandad; el hospital no está pasando por sus mejores momentos.

— ¡Salam alaykum!, cuídese de los ladrones del camino hermano Tomás.

— La paz sea contigo Jasir, y no temas que mi espada dará buena cuenta de los rufianes que osen salirme al paso, tú cuida bien de la hermana Teresa pues cuando se enoja deja de preparar esas rodajas de pan con aceite que tanto nos endulzan las cenas y cuando regrese de esta misión no quiero que falten sobre la mesa. Mi escudero era consciente de la dureza de la jornada para un hombre solo en el desierto pero se resignó acompañándome al paso del caballo, penitente hasta las puertas de la muralla externa de la ciudad.

Tensé las riendas de mi montura acompañando un ligero golpe de mi bota en la panza del animal para emprender la marcha con lo puesto, refugiándome en rezos para no verme tentado a alzar la voz, blandiendo en silencio mis acalorados pensamientos sobre los caballeros del templo de Salomón, que hacían notar su marcada presencia desde la distancia con sus mantos blancos, cuya cruz roja paté deslumbraba a los novicios cual corona de santo. En ese momento recé para que Dios no escuchara mis pensamientos, fruto marchito de mi flaque-

GRÁFICAS EDITORES

za espiritual. Mientras los arrogantes templarios partían a la batalla en busca de una nueva oportunidad de glorificar sus almas, nuestras hermanas de orden mantenían con sus manos desnudas a los huérfanos de la guerra que se amontonaban por las calles con la única esperanza de encontrar un pedazo de pan junto al calor de una hoguera. La hermana Teresa era lo más parecido a una madre que Jasir podía recordar desde que perdió a sus padres en uno de los innumerables asedios de los piratas turcos que se sucedían con la llegada del buen tiempo a su ciudad natal cerca de Trípoli, la cual, a pesar de llevar más años que ninguno de nosotros en Tierra Santa jamás había permitido que la ascendieran al puesto de matrona *mater* para poder seguir trabajando junto a "sus hijos", como ella los llamaba en el hospital más pobre y austero de la ciudad.

A pesar de que un gran número de naves estaban atracadas en el puerto de Acre con sus bodegas llenas de mercancías, ningún mercader se atrevía a tomar la ruta hacia Damasco, mientras las órdenes militares cerraban filas concentrando sus tropas en el interior de las fortalezas. Siempre había pensado que la presencia de las eternas nubes de polvo en estos senderos se debía a las interminables caravanas, pero ahora el camino permanecía adormecido como las aguas del mar Muerto, y mientras protegía mi rostro de las inclemencias del desierto, me dispuse a emprender la marcha.

Todos los caminos parecían el mismo, a veces dejaba que mi caballo tomase las riendas por mí, sin preocuparme donde terminaría, pues ya lo sabía de antemano, lejos de mi hogar en las lejanas tierras de la marca feudal de Brandenburgo. Esa tarde, al terminar la guardia, cegado por el polvo del desierto y entregado a mis rezos en un pequeño albergue levantado por brazos cristianos para los peregrinos de Tierra Santa, escuché a un jinete detenerse frente a la puerta, pero nadie cruzó el umbral ni clamó su nombre caballero alguno. Agarré con fuerza mi espada, alertando a mis hermanos e imploré de viva voz:

— ¡Por la sagrada orden del Hospital de Jerusalén! ¿Quién va? ¡Decid algo o juro por san Bernardo que saldré espada en mano para ajusticiaros! –más no escuché respuesta alguna.

— ¡Abrid la puerta hermanos!, veamos la mano del fantasma que toca la puerta de nuestro hospital en la noche –dijo el hermano Jaime tomando entre sus manos un crucifijo junto con una pequeña biblia.

GRÁFICAS EDITORES